

Parques vacíos

La página “Caracas a pié” que publica todos los domingos El Nacional, recogía en su edición del 13 de los corrientes un recorrido por cinco parques del noreste caraqueño y anotaba con sorpresa que, pese a no haber concluido todavía las vacaciones escolares, en ellos reinaba la más absoluta soledad. La constatación es sin duda inquietante sobre todo para quienes hemos denunciado constantemente la crítica insuficiencia de áreas verdes que padece Caracas y merecería una investigación formal. Mientras tanto nos atreveremos a adelantar algunas hipótesis.

Una primera es que, a juicio de quien escribe, los parques caraqueños -exigidos por las ordenanzas- no siempre se inscriben en un diseño urbano coherente y en muchos casos se los confina a espacios residuales, de topografía o accesibilidad difíciles y por tanto menos atractivos que otros para los intereses de los inversionistas inmobiliarios. En muchos casos ese aislamiento es reforzado por lo que la inefable Defensora del Pueblo definió como la “sensación de inseguridad” que afecta a los caraqueños y que lleva a cercarlos e incluso, cuando tienen más de una entrada, a abrir una sola impidiendo a los transeúntes atravesarlos.

Pero incluso en casos en los cuales ellos ocupan espacios centrales y no tienen accidentes topográficos significativos suele ocurrir la misma deserción, como en el caso de la hermosa y relativamente extensa plaza de Campo Alegre. Aquí, como es sabido, ocurrió un cambio de zonificación que transformó una urbanización de viviendas unifamiliares aisladas en otra de edificios de siete y más pisos pero sin incorporar otros usos y sin modificar ni la trama urbana ni los equipamientos; en esas condiciones los edificios se encierran en sí mismos detrás de altos muros y los residentes no encuentran motivos para caminar por las calles de su urbanización, de modo que la plaza se convierte en simple paisaje. Pero ni siquiera a eso llega el estupendo parque de PDVSA La Estancia, sobre el borde de la avenida Miranda en La Floresta: no solamente es imposible atravesarlo sino que además un alto muro sin rendijas impide siquiera disfrutar de su vista.

Como magistralmente lo demostró Villanueva en la Ciudad Universitaria, su latitud tropical le otorga a Caracas un potencial de excepción para lograr una fascinante simbiosis entre naturaleza y arquitectura. Pero lamentablemente profesionales y políticos nos hemos empeñado en privilegiar el cemento, aislar la vivienda de la calle y exiliar al peatón del espacio público. Reducir el uso del automóvil al mínimo indispensable, integrar parques, plazas y jardines a los recorridos cotidianos de modo que el verde venga al ciudadano y no a la inversa e impulsar un poderoso y bien planificado proyecto de arborización urbana son temas fundamentales -no los únicos desde luego- para repensar Caracas y hacer de ella una atractiva referencia urbana en el continente.